TATIANA ACEVEDO GUERRERO



LAS RUINAS SON LOS DESTROZOS. Son los testimonios de la perdición, la decadencia o el decaimiento de lo que antes estaba. Un edificio, por ejemplo, o una infraestructura, o un paisaje. Llamamos ruinas a lugares invadidos por la mala yerba o que fueron descuidados, inundados, desfinanciados. Que se oxidaron, desgastaron, apolillaron. Se contaminaron. Quizás en este complicado comienzo de la década (y pensando en lo que viene) vale la pena examinar algunos de nuestros escombros nacionales. Es decir, explorar las ruinas que se consolidan a lo largo de Colombia y preguntarnos cómo se producen, cómo se destruyeron y qué se creó con esta destrucción.

La primera a explorar es la de los hospitales públicos. En específico, la del Hospital San Francisco de Asís en Quibdó. Tras algunos cierres de dependencias secundarias en los últimos años (como el de la cafetería), en 2019, con falencias importantes en infraestructura, el hospital cerró también dependencias fundamentales, como la de imagenología o de imagen médica, donde se llevan a cabo desde radiografías hasta tomografías y endoscopias. Todo empeoró cuando la imagen de una rata flaca comiendo de la bandeja de un paciente circuló en cientos de mensajes de Whatsapp y Facebook. Tras el escándalo, varias áreas tuvieron que ser selladas de forma temporal y la Secretaría de Salud le pidió al hospital "presentar un proyecto con equipos y mobiliario que necesitan para prestar un mejor servicio".

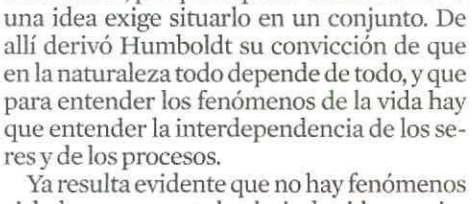
Otro de los lugares erosionados y merecedores de toda la atención son los colegios públicos. "Los salones no tienen luz, solo funciona medio transformador y no soporta toda la carga, los baños los tenemos en mal estado desde hace varios años y en el colegio hay una población muy grande. No es justo que deban soportar estas condiciones, queremos que la administración distrital nos dé una solución", explicó el presidente del Consejo Comunitario de Arroyo de Piedra, en Cartagena, departamento de Bolívar. Mientras los niños de esa localidad se organizaban en un plantón con carteleras, a pocos metros los estudiantes de la Institución Educativa Bertha Gedeón, en Vista Hermosa, denunciaban también un problema con el transformador (que ha explotado varias veces), por lo cual el colegio no tiene electricidad. "En ocasiones tenemos que dar las clases en los patios o solo unas horas sin completar toda la jornada, pues el calor dentro de los salones (que roza los 37 °C) es muy horrible", denunció una docente de la institución.

La tercera de las ruinas de la patria son las ciénagas. En especial aquellas que se agrupan alrededor del pozo Lizama 158, en Santander. Esta semana, la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales (ANLA) impuso una multa de $5.155 millones a Ecopetrol, dentro del proceso por el afloramiento de petróleo en inmediaciones del pozo en marzo de 2018. Los cuerpos de agua afectados van hasta la desembocadura del caño La Muerte en el río Sogamoso (e incluyen los tributarios, en una extensión de más de 12 kilómetros). Ecopetrol anunció que impugnará la decisión preliminar de la ANLA.

La última de las ruinas que tal vez valga tener en cuenta es la que dejaron los narcos. Esta semana, el Club San Fernando, propiedad de alias *Chupeta*, fue motivo de disputa entre antiguos socios y la Alcaldía. Mientras la Sociedad de Activos Especiales (SAE) propone vender el lujosísimo inmueble (hoy cundido de enredaderas y animales de monte) por un altísimo precio, el alcalde de Cali, Jorge Iván Ospina, quiere comprarlo "para convertirlo en un parque tecnológico". En la mañana del pasado miércoles, cuando Ospina quiso llevar a cabo un acto de posesión simbólico del club, fue atacado por un enjambre de abejas.

De malezas y plagas

WILLIAM OSPINA



MALEZA ES EL NOMBRE QUE LES DAmos a aquellas plantas cuya utilidad desconocemos. Como no parecen representar una ventaja posible para los humanos, un rendimiento calculable, nuestra ignorancia las declara inútiles y estorbosas, y procura deshacerse de ellas.

Creo que lo mismo podemos decir de todo lo que los humanos llamamos plagas. Esos enjambres de mosquitos que vio Humboldt y que protegían de invasores las orillas del Magdalena, esas nubes de langostas que devoraban las cosechas, esos millones de gorriones que saqueaban los arrozales y a los que la China declaró la guerra poniendo a los campesinos a hacer tanto ruido con sus peroles que los pobres pájaros no podían descender, hasta que llovían exánimes sobre los surcos. Todo aquello que juzga inútil o dañino en la naturaleza la visión siempre limitada de los seres humanos.

Hubo un tiempo en que talar selvas era considerado una hazaña y hacíamos monumentos a las hachas. Hubo un tiempo en que los cazadores eran vistos como héroes legendarios, y derribar antílopes, abatir gansos o demoler elefantes era motivo de orgullo y de ostentación. Los nobles británicos entretenían sus tardes persiguiendo con jaurías a los zorros plateados, y había en las mansiones museos teratológicos con las cabezas embalsamadas de esas víctimas de piel rayada o cuernos espirales.

Hubo una época, no hace demasiado, cuando las gentes y los Estados se aplicaron a secar esos pantanos deletéreos que abundaban en el mundo, para convertirlos en buenas tierras de labranza. Ahora sabemos que esos humedales, lodos y ciénagas cumplían un papel fundamental en la oxigenación del planeta, que su muerte era el comienzo de nuestra muerte.

A finales del siglo XVIII Kant sostuvo que para entender se requiere un pensamiento sistemático, porque explicar un fenómeno o una idea exige situarlo en un conjunto. De allí derivó Humboldt su convicción de que en la naturaleza todo depende de todo, y que para entender los fenómenos de la vida hay que entender la interdependencia de los seres y de los procesos.

Ya resulta evidente que no hay fenómenos aislados, que en esta burbuja de vida que gira en un caldo de enigmas cada cosa depende de las otras y todo es necesario. El cangrejo y la esponja, la rana venenosa y la oruga urticante, la bacteria y el virus, la mandrágora que según es fábula grita cuando la arrancan y la sensitiva que se duerme cuando la tocan, el cisne aparentemente armonioso y el ornitorrinco aparentemente disparatado.

Un día en una casa de tierra caliente alguien me dijo que había que exterminar a las hormigas, porque si no lo hacíamos iban a devorar toda la vegetación. Yo me dije que las hormigas llegaron a este mundo mucho antes que nosotros, llevan aquí millones de años, y si todavía hay vegetación es porque a la larga no son tan peligrosas.

Mientras yo lo pensaba, a un ritmo increíble, las hojas verdes y amarillas de un arbusto iban siendo segadas por esas poderosas mandíbulas que también las llevaban en procesión hasta el hormiguero escondido, y en pocas horas el arbusto estaba devastado. Pero días después no solo había vuelto a brotar el follaje sino que me pareció más abundante y más vivo. Tuve la sensación de que las hormigas, más que devorarlos, podaban los árboles, que más que una plaga eran parte de un ciclo benéfico tan antiguo como necesario.

Estoy lejos de pensar que no tengamos derecho a luchar por nuestra vida y a protegernos de nuestros a menudo diminutos depredadores, pero a veces siento que esta época pretende suplantar la vieja lucha de la medicina en favor de la vida de los individuos por unos procesos meditados de extinción masiva de especies que podrían terminar, como tantos delirios de la soberbia humana, enfrentando consecuencias impredecibles.

Una cosa es crear una vacuna contra la malaria y otra es pretender extinguir a los mosquitos que la producen, y nadie se detiene a pensar si no habrá alguna otra cosa, acaso indispensable, que esos mosquitos obren sobre el mundo. ¿De qué son alimento? ¿Qué necesario nicho protegen? Es sin duda lo limitado de nuestra visión, o lo codicioso de nuestros plazos, lo que hace que veamos malezas y plagas por todas partes.

Alguien dirá que no son las especies sino su proliferación irrestricta lo que hace que se conviertan en algo nocivo y que se les llegue a considerar una plaga. Pero normalmente en la naturaleza todo tiene sus límites, una especie controla a la otra, del mismo modo que una especie viviente es polinizada por otra.

Pero así como cada vez atentamos más contra la diversidad; como a menudo convertimos un campo donde crecían cien especies en un cañaveral, en un cafetal, en una plantación de palma africana; así como convertimos un bosque de niebla numeroso en árboles y helechos y musgos y pájaros distintos en un bosque de pinos idénticos al que no regresan los pájaros, tantos desequilibrios rentables acaban produciendo desequilibrios ruinosos, y brotan esas manchas, esos enjambres, esos parásitos, que vemos como plagas y no son otra cosa que la vida defendiendo su complejidad.

Hoy solo jugamos al crecimiento, pero el mundo necesita equilibrio. Cada especie podría llamar plaga a aquello que la amenaza. Y a lo mejor las pestes son esfuerzos ciegos del mundo por recuperar su equilibrio. Porque también nosotros crecemos como especie irrestricta y, si tratamos de ese modo como plagas a los otros seres vivientes, el mundo bien podría empezar a tratarnos como una plaga, tal vez la más peligrosa de todas.

Cartones de Garzón

